La Juventud Salvadoreña.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

DOROTEO FONSECA.

TOMO IV. — NUMERO 4.

SUMARIO:

I. La leyenda colombina, por VíctorM. Jerez — II. Lola (poema), por Vicenta Laparra de la Cerda — III. La Gracia y la Belleza, por Ratuel — IV. A Doroteo Fonseca (poesía), por Ismael Cerna — V. Carlos Gil, por F. A. Gamboa — VI. A Santa Tecla (poesía), por José María Gomar — VII. Tuto, por Alberto Masferrer — VIII. A Salvador Díaz Mirón (poesía), por Juan Antonio Solórzano — IX. El Arpa, por Antonio Macías — X. Soneto Cursi (poesía) por Ramón P. Molina — XI. El Congreso Literaio — XII. Un retrato de Zola — XIII. A una pálida, por M. Menéndez y Pelayo — XIV. Notas — XV. Miscelánea.

Redacción y Administracón: Calle de Franklin núm. 14.

SAN SALVADOR—IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE HIDALGO.

Julio de 1892.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Abraham Chavarría.
1er Vocal	„	Francisco Martínez Suárez,
2º „	„	Rafael E. Chaves.
Fiscal	„	Víctor M. Jerez.
Tesorero	„	Adrián García.
1er Secretario	„	Juan Gomar.
2º „	„	Doroteo Fonseca.

SOCIO HONORARIO,

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Dr.	D.	Fidel A. Novoa.
Br.	„	Miguel Dueñas.
„	„	Fermín Bayona.
„	„	Nicolás Leiva.
„	„	José María Gomar.
Dr.	D.	Guadalupe Ramírez.
„	„	Francisco Eepinal.
Br.	„	Lisandro Blandón.
„	„	Francisco Gutiérrez.
„	„	Juan Mena.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña		Vicenta Laparra de la Cerda
Srita.		Antonia Galindo
Lic.	D.	Manuel Diéguez.
Br.	„	Salvador Flamenco.
„	„	Adolfo Castro.
	„	Baltasar Parada.
Dr.	„	Simeón Eduardo.
	„	Carlos Dárdano.
	„	Ramón P. Molina
„	„	David A. Payés.
„	„	Horacio Rómulo Jarquín.
Srita.		Josefa Carrasco.
Lic.	D.	J. Fermín Aycinena.
Dr.	„	Rubén Rivera.
„	„	Abrahám Rivera.
„	„	Francisco A. Reyes.
	„	Carlos A. Imendia.
	„	Anselmo Valdés
	„	Ismael Cerna.
	„	Juan J. Laínez.
„	„	Esteban C. Roque.
Br.	„	Nazario Salaverría.

REPÚBLICA DEL SALVADOR. AMÉRICA CENTRAL

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Abraham Chavarria—Director,

Doroteo Fonseca, Victor M. Jerez.

TOMO IV | SAN SALVADOR, JULIO DE 1892. | **NUM. 4.**

LA LEYENDA COLOMBINA.

En la época presente, en que la crítica histórica ha llamado á juicio todo lo que por uno ú otro motivo es digno de exclarecerse, muchas leyendas que han vestido el hermoso traje de la verdad, se ha comprobado suficientemente que si acaso merecen figurar, es en libros donde se registren los esfuerzos intelectuales de algunos, la mañosa habilidad de los otros, ó cuando más la fortuna que han tenido ciertas relaciones para imponerse, amenguando el brillo de la verdad y hollando los fueros que le son propios y distintivos. No hay que creer que tales mentiras han logrado dominar solo á los que no entienden de achaques de la materia, también doctísimos varones, encanecidos en las labores del estudio y acostumbrados de antemano á descartar lo real de lo imaginado, han suscrito tales errores con entera sinceridad y quemado incienso en los altares ocupados por ficciones afortunadas; mas para que una versión á la cual han dado crédito varias generaciones, que ha sido aceptada generalmente, pueda cambiarse por otra, se necesita que la última tenga en su abono muchas cualidades y que llene algunas condiciones, que si en lo común de los casos severamente se exigen, con mayor razón cuando vienen á sustituir lo por todos aprobado y lo que ha obtenido la sanción de muchos criterios. Hoy que se trata de conmemorar el cuarto centenario del glorioso descubrimiento de América, y que pueblos y gobiernos se apresuran á reunir cuantos medios sean posibles para dar mayor esplendor á las fiestas que se preparan, la crítica también estudia todos los antecedentes de ese memorable poema del sufrimiento y de la constancia. En todas

aquellas regiones en que impera el habla sonora de Castilla, como en todos los lugares por algo unidos á la inmortal memoria del navegante genovés, han llamado la atención, y con sobrados motivos, los trabajos publicados sobre el gran acontecimiento, distinguiéndose entre todos, los que tienden á disminuir la gloria de Colón. De dichos trabajos por el mérito de sus autores, por el prestigio de autoridad de que vienen precedidos, son dignos de notarse las conferencias dadas en el Ateneo de Madrid y de las cuales ha escrito extensamente y con singular maestría doña Emilia Pardo Bazán, en las valiosas y ameritadas correspondencias que viene publicando La Revista Ilustrada de Nueva York. Los conferenciantes han disentido, y mientras los unos en ardor ditirámbico agotan los calificativos y atesoran elogios los más cumplidos, para el hijo del cardador de lanas, los otros le amontonan defectos á defectos, vicios á vicios. Quizá en ésto haya no sólo amor á la verdad, puede ser que talvez no por malicia, sino con entera buena fe se haya dado crédito al primero que por espíritu de novedad, intentó disminuir la gloria del descubridor del Nuevo Mundo. Ya se le suponen debilidades que talvez no tuvo, se ponen en sus labios palabras que quizá no dijo, se le imputan hechos que jamás ejecutó y gradualmente se le quieren arrebatar los timbres que trescientos años le han reconocido.

Yo no concibo que tal obra sea meritoria, en tanto que el documento no revele de una manera clara, elocuente, que no deje lugar á la duda, que todo lo dicho por esos señores es pura y simplemente la verdad; mientras pruebas robustas no se aduzcan en el sentido ya indicado, la humanidad tiene perfecto derecho á aceptar como cierto lo que la mayor parte de los historiadores consignan, lo que ha llegado á nosotros por la fuente histórica de la tradición, que no hace del Primer Almirante de Indias solo el navegante audaz, sí que también lo rodea de todas las consideraciones de la sabiduría, de todos los homenajes que se reservan á los que son grandes por sus pensamientos y que en la lucha tenaz de la vida, han conquistado las palmas del sufrimiento, serena el alma, tranquila la conciencia. Mientras no se compruebe plenamente lo dicho por los detractores, los hispanoamericanos vuelven los ojos dela memoria al viejo peregrino, que ya para espirar el siglo XV y acompañado únicamente de un niño, llega cansado y pobre á las puertas del histórico convento de Santa María de la Rábida en la asombrosa peregrinación de completar el planeta, ofreciendo un mundo á los monarcas europeos; mientras no se arroje luz bastante, la humanidad discernirá únicamente á Colón la gloria que hoy trátase de disminuirle, recordará con cariño sus dificultades y se sentirá avergonzada al recordar que

se pagó con ingratitud al Redentor de tantos pueblos.

Si como sostienen algunos que Colón recibió grandes auxilios, es su principal deseo que otros participen del homenaje de la posteridad, no creo necesario que para honrar á éstos se denigre al insigne genovés. A su recuerdo van unidos nombres que tienen el respeto de los buenos, y hasta hoy en nada ha venido á menos su reputación. Mas parece que no se quiere honrar á otros, sinó arrebatar á Colón su gloria, haciéndolo aparecer inferior á muchos. Si errores cometió, si debilidades tuvo, hay que recordar que se trataba con un hombre en quien por muchas perfecciones que haya tenido, siempre llevaría algo de la imperfección que es característica de la humanidad.

Felizmente si ha habido detractores de buena fe, á la arena del combate han salido al frente lidiadores valerosos y esforzados. En "El Liberal," acreditado diario de la capital de España, se encuentra el siguiente suelto, que anuncia la publicación de una obra que vuelve por la gloria de Colón. "Un padre franciscano, fray José Coll doctísimo en humanas letras, historiador de los que hacen vivir lo que relatan, crítico avisado y sagaz, escritor elegante, ha tomado á empeño la obra meritísima de continuar la tradición de la orden que acogió al descubridor del Nuevo Mundo, cuando volvía desalentado del reino de Portugal porque habían hecho burla de su razón." El juicio que le merece á "El Liberal" la obra á que se refieren las líneas copiadas es sobrado satisfactorio, y eso indica que no se trata de un libro escrito al calor de impresiones que duran un momento, sinó mas bien de un trabajo en que discurre admirablemente un ingenio poco común haciendo gala de vasta erudición, criterio bien dirigido y documentos importantes á los que no se deben oponer razonamientos sin base, ni discursos sin fundamento.

El periódico ya citado continúa diciendo: Ha sido tan grande el favor que con justicia ha dispensado el público al libro de fray José Coll que aparece ya la segunda edición demostrándose así que hay siempre gran cantidad de lectores para todas las obras en que alienta el espíritu español de tan poderosa manera como acontece en el citado libro. En esta segunda edición el doctísimo franciscano recoge y combate cuanto en el Ateneo y fuera de él se ha dicho y propalado contra Colón. Con gran oportunidad y conocimiento del asunto cita el franciscano estas palabras de Washington Irving, el gran historiador. "No debe examinársele—á Colón—sin examinar al mismo tiempo la era en que vivía. Comparando sus medidas con las de los hombres de sus mismos tiempos celebrados por sus virtudes y talentos puestos en la misma situación, expresamente para conseguir sus faltas, veremos cuán virtuosa y sabiamente gobernaba Co-

lón en las circunstancias particulares de que estaba rodeado."

En verdad, las ideas hoy difundidas sobre el mecanismo administrativo, el arraigo que han tomado los principios que reconocen los sagrados derechos de los pueblos, el progreso alcanzado por el esfuerzo humano en las lides del trabajo, no deben servir al historiador para acumular defectos á los hombres y á las cosas de otros tiempos. El pasado merece doblemente nuestros respetos, denigrarlo es renegar de antecedentes gloriosos, que por medios admirables son las conquistas realizadas por los contemporáneos y los triunfos que han sido celebrados en todos los tonos. Querer aplicar las soluciones que hoy brinda la esencia, buscar las tendencias de la época actual en las sociedades que existieron, es desconocer el asunto; y si pueblos que han existido en iguales momentos históricos presentan variedad de caracteres, nada de extraño hay que mediando espacios de tiempo más ó menos dilatados, cambien las costumbres como cambian los propósitos.

Dígase lo que se quiera, es preferible rendir homenaje á los héroes por más que se pongan en duda sus hechos, por más que se trate de arrebatarles el aplauso y la admiración de los pueblos, que relegar al olvido á quienes hicieron el sacrificio de su bienestar y tranquilidad. Se honra á aquellos porque se cree que tienen merecimientos y virtudes.

La humanidad se prepara para las grandes fiestas del centenario y si en la inquisición de la verdad se han querido disminuir á Colón los timbres que lo inmortalizan, también la verdad se ha sobrepuesto y combatido argumento con argumento, en la hermosa labor de mantener en alto el estandarte de la sabiduría y de la constancia, que constituyen la causa común de los buenos, sostenida por el heroísmo de la virtud y por la grandeza del genio.

VICTOR M. JEREZ.

LOLA.

POEMA EN DIEZ CANTOS, ESCRITO POR

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA,

y dedicado á las bellas centro-americanas.

Introducción.

En la mansión funesta de los muertos
Hay una triste fosa funeraria,
Y esculpida en la piedra cineraria
Leemos esta inscripción:
—Aquí yacen los restos de una virgen
Que rechazó la mundanal balumba;
Era linda, y lleváronla á la tumba
Males del corazón. —

CANTO I.

¡ERA UN ÁNGEL!

Si queréis saber la historia
De esa criatura inocente,
Escuchadla atentamente
Y grabadla en la memoria:
Fué la vida transitoria
De la virgen que no existe,
Corta y ¡muy triste! tan triste
Como el último latido
De un corazón dolorido
Que á palpitar se resiste.
En su juvenil edad,
En sus más floridos años,

La hirieron los desengaños
Con espantosa crueldad.
Pronto cubrió su beldad
El velo de la tristeza,
Y su lánguida cabeza
Abatió la dura suerte,
Y los besos de la muerte
Marchitaron su belleza.
Y el alma de esa criatura
Dejó la tierra; y volando,
Otras regiones buscando,
Remontóse hacia la altura
Allí irradia blanca y pura
Como una pálida estrella,
Que ya sin nubes destella
Esparciendo sus fulgores
Entre las nítidas flores
Que Dios con su planta huella.
Allí debía brillar
La que aquí tanto sufrió,
La que en silencio bebió
Toda la hiel del pesar:
La que no quiso expresar
Siquiera con un lamento,
El amargo sufrimiento
Que su pecho destrozaba,
Y con sonrisas velaba
De su alma el rudo tormento.
Fué Lola ángel inocente
Revestido de ternura.
Y la negra desventura
Con una zaña inclemente,
Ciñó de espinas su frente
Y su vida fué agotando,
Así, cual se va apagando
En solitario panteón,
La ténue luz de un blandón
Que va cenizas dejando.
Lola fué como el rocío
Que en los verdes campos brota;
Blanca y trasparente gota
Que orna la márgen del rio:
Perla que atrae el vacío
Y en esmaltados alcores,
Sorbiendo suaves olores
Sube en misterioso vuelo;
Se evapora, y llega al cielo
Con la esencia de las flores.
Fué tan gentil y hechicera,
Tan linda y encantadora,
Como el beso que la aurora
Regala á la primavera:
Esbelta cual la palmera,
Tenía los labios rojos,
Grandes y negros los ojos,
Y la faz alabastrina;
Y con su voz argentina
Suavizaba los enojos.
Mas, como troncha la palma,
El empuje del turbión,
Desfibró su corazón
Negra tempestad del alma.....
Robóle la dulce calma
Un fingido caballero
Que hablando de amor sincero
Mil juramentos hacía;
Cuando el vil, sólo quería
Dinero.... ¡mucho dinero!
Creyó que la joven era
Filón de brillantes y oro,
Y se dijo:—¡Es mi tesoro
Esta graciosa heredera!—
Lola, por la vez primera
Vió que su ideal era un hombre,
Y el asunto no os asombre;
Que á veces el corazón,
Habla mundos de ilusión
En el lenguaje de un nombre.....
Era de oír el ardor
Con que Espinel se expresaba
Cuando á la niña juraba
Eterno y ferviente amor.
Carlos no era seductor:
Era hombre que se vendía
Al que riquezas tenía
Para comprar su arrogancia,
Su vanidad, su elegancia,
Y su alma rastrera y fría.
¿Qué le importaba fingir
Si podía hacerse amar?
Qué le importaba engañar
A una virgen, y mentir,
Si así podía adquirir
Nombre, riqueza y honores,
Y comprar nuevos amores
En la infame mercancía
Donde rueda la hidalguía
En un abismo de horrores?

CANTO II.

SUEÑOS DE VIRGEN.

Y.... le creyó la niña desgraciada!
Y fué su amor, tan grande, tan profundo
Que para ella, el fulgor de la mirada
Del hombre aquel, embellecía el mundo.
Y pensó que el dolor desafiarían
Enlazados sus tiernos corazones,
Y que formando un sér, palpitarían
En un cielo de bellas ilusiones.
¡Cuánto creyó la virgen inocente
Rebozando ternura y sentimiento!
¡Qué de ensueños cruzaron por su mente,
Ese mundo interior del pensamiento!
Soñaba en un hogar, donde las flores
Entreabriendo sus nítidos nectarios,

Les darían suavísimos olores
Cual si fueran preciosos incensarios.
Y en aquel paraíso que forjaba
En su joven y alegre fantasía,
Se figuró que el hombre que adoraba
De ventura y de amor la rodearía.
Eran ensueños de ángel, que á su altura
Quiso elevar á un hombre fementido;
Cuando él, formado de materia impura,
Se arrastraba en el fango corrompido.
Creyó que en una esfera luminosa
Colmada de ilusiones deslumbrantes,
Cuando obtuviera el título de esposa
Vivirían amándose constantes.
¡Desventurada joven! no sabía
Que á veces el amor, es un delirio,
Que transforma el placer en agonía
Y la bella ilusión en cruel martirio:
Al ser que se idolatra en victimario,
Y al corazón en mártir inocente;
Al sol de la ventura en tenebrario,
Y la esperanza en amargura ingente.
¡Desventurada Lola! no sabía
Que el amor que alumbraba su existencia,
Era llama que pronto apagaría
La falsedad de un hombre sin conciencia:
Que era débil burbuja, que un instante
Contemplaba en su loco desvarío,
Y que muy luego, ansiosa y delirante,
La vería estallar en el vacío.
Creyó que eran eternos sus amores,
Como es eterno el maternal cariño;
Puro, como la esencia de las flores,
Y como es pura la oración del niño.
Y el porvenir de eterna venturanza
Que soñó en sus delirios virginales,
Su espléndida ilusión y su esperanza,
Hundiéronse en inmundos lodazales.
Y exclamó la infeliz—¡Piedad Dios mío!
¡La dicha me brindó sus alborozos!....
¡Quise abrazarla, y me encontré el vacío!
¡Quise reír.... y prorrumpí en sollozos!
¡Siento en mi pecho punzadora espina!...
¡Bañan con llanto mi alma lacerada!
¡Sola me dejas, ilusión divina!.....
¡Mis ensueños.... hundiéronse en la nada!

CANTO III.

DETALLES.

¿Por qué causa la doncella
Sintió tan rudo tormento,
Siendo tan joven, tan bella?
¿Por qué en su triste querella
Casi exhalaba su aliento?
Porque el hombre que adoraba
Con un amor tan sincero,
Sólo riquezas buscaba,
Y pérfido la engañaba
Porque era innoble y rastrero.
Y en pago de la ternura
De aquel ángel de inocencia,
Dióla un cáliz de amargura,
Y al robarle la ventura
Emponzoñó su existencia.
Don Juan Antonio Castel
(Este era el padre de Lola)
Vió que Carlos Espinel
Era obsequioso con él,
Y se dijo:—¡Ola, ola!
Creo que sigue mi huella
Este amable señorito,
Porque tengo una hija bella;
Pues que se case con ella,
Que el amor no es un delito.
¡Que diantre! yo me casé
Y jamás me arrepentí;
Mi Eloisa dichosa fué
Porque al jurarme su fé
Mi honrado nombre la dí.
Ahora, en Lolita nos vemos
Reproducidos los dos;
La mimamos, la queremos,
Y también la casaremos
Porque así lo manda Dios.
¿Yo casarla? qué pesar!
¡Voy á morir de tristeza!
Mas no lo puedo evitar.....
¿Qué se hace, si es ley amar
Ley de la naturaleza?
Amó mi abuela y mi madre,
Y Elvira también amó;
Que se ama, cuadre ó no cuadre;
Y así como amó mi padre
A mi mujer amo yo.
Si ella ama á Carlos.... ¡paciencia!
Les daré mi bendición
Cuando se casen: su herencia,
Mis suspiros, mi existencia
Y también mi corazón.—
Y el buen padre suspiraba:
Y llorando como un niño,
Por sus mejíllas rodaba
Llanto ardiente, que expresaba
El más sublime cariño.
El asunto fué arreglado;
Fijo del enlace el día.
Espinel, que era un menguado,
Fingiéndose enamorado
En su interior se decía.
—¡Cázpita soy buen actor.
Sé cautivar corazones;
Vendo bien caro mi amor,
Y no me causa rubor
El dote de tres millones.
Tres millones..... ¡voto á san!

¡Siento que me ahoga el placer!
Pero..... ¿qué tiene don Juan
Que escribe con tanto afán
Y lee cartas desde ayer?
Está triste, preocupado,
Silencioso y pensativo.....
¡Demonio! ¿estará tronado?
¡Entonces, estoy aviado!
¡Lo he de saber por Dios vivo!
¿Si fuere así....? ¡por quien soy
Que el corazón se me parte!
¡Por vida.... temblando estoy!
Si están quebrados.... me voy
Con la música á otra parte!—
Lola y Espinel estaban
Hablando de sus amores;
Eterna fé se juraban,
Y en el jardín se paseaban
Cortando fragantes flores.
En ese instante don Juán
Exclamó:—Desventurado!
¡Qué horrible golpe me dan!
¡Oh! ¡después de tanto afán
Logran hoy verme arruinado!—
Carlos, que en su pensamiento
Comentaba la tristeza
De don Juan, en el momento
En que escuchó su lamento,
Tembló de pies á cabeza.

CANTO IV.

DECEPCIÓN.

—Lola ¿qué tiene tu padre?
Dijo Carlos á la joven,
Y ella contestó abatida:
—Mi padre tiene aflicciones
Que nunca me comunica,
Pero que adivino.....
—Entonces,
Tu padre no es tan dichoso
Como las gentes suponen—
—¿Quién es dichoso en el mundo
Si en la tierra de los hombres,
Dice mi querida madre
Que son escasos los goces,
Y que un día de ventura
Cuesta un siglo de dolores,
Y que á veces, la sonrisa
Crueles martirios esconde?
—Conque ¿eso dice tu madre?
—Eso dice.....
—Pero oye....
Están hablando muy fuerte
Tus padres.
—¡Ay! pues entonces
Corramos á ver qué tienen,
Gritó llorando la joven.
—No, Lola mía.... escuchemos.....
Ven, ven, no les incomodes—
Dijo Carlos, deteniendo
A la niña, que apoyóse,
Estremecida de espanto,
En una estatua de bronce.
Don Juan Antonio seguía
En la sala dando voces,
Y al fin dijo sollozando:
—¡Elvira..... cuatro millones!.....
¡Toda la herencia de mi hija
Se perdió!
—¿Qué dice ese hombre?
Gritó Carlos estrujando
Entre sus manos las flores
Que su novia le obsequiara:
Y olvidando que la joven
Estaba cerca, muy cerca,
El infame desbordóse,
Y arrojó el fango que había
En su corazón innoble;
Porque apretando los puños
Y contraídas las facciones
Exclamó temblando de ira:
—¿Conque no tiene más dote
Que su lánguida belleza?
¡Oh, qué burlescos amores!
¡Todo queda terminado!
Murieron mis ilusiones;
Porque si á Lola amé rica,
La desprecio siendo pobre!—
Un doloroso gemido
En el jardín escuchóse;
Triste como el desencanto,
Cual la sombra de la noche,
Como el toque de agonía
Que plañidero responde
Al tañer de las campanas
Que en una gótica torre
Resuenan tocando á muerto
Con extridentes clamores.
Era que Lola escuchaba
Las palabras de aquel hombre
A quien amó con delirio
Y con un amor tan noble:
Y al ver que instantáneamente
Mataba sus ilusiones,
Exhaló el triste lamento
Que en el espacio perdióse,
Y como herida de un rayo
Al suelo cayó de golpe.
Espinel tembló de espanto
Y del jardín alejóse,
Como el cobarde asesino
Que después de herir se esconde,
Temiendo que le castigue
La justicia de los hombres.

CANTO V.

HERIDA DE MUERTE.

Todo quedó en silencio! entre las flores
Que de aromas llenaban el ambiente,
Espiraba una virgen inocente,
Herida por la negra decepción.
Su boca de corales y de perlas
Exhalaba sollozos comprimidos,
Y eran ténues y escasos los latidos
De su tierno y sensible corazón.
Era la dulce Lola, blanco lirio
Que el viento borrascoso combatía;
Magnolia que fragancias esparcía
Cuando del tallo se iba á desprender:
Flor que en el mundo derramó fragancias,
Flor del cielo á la tierra trasplantada;
Dulce virgen que hicieron desgraciada;
Angel puro con formas de mujer!
¿Cómo un hombre tan vil y tan ingrato
Que no alzaba del fango el pensamiento,
Podría comprender el sentimiento
De aquella alma tan bella y tan ideal?
Cuando la blanca y magestuosa luna
Asomaba su faz por el oriente,
Se incorporó la niña lentamente
Levantando su rostro virginal.
Abrió sus negros y rasgados ojos;
El jardín registró con la mirada,
Y exclamó con la voz casi apagada:
—¡Gracias Dios mío, que de aquí se fué!
Pero al irse llevóse mi ventura
Y del amor el misterioso encanto:
Ahora... ¡sólo me queda un mar de llanto
En vez del paraíso que soñé!
¿Qué hago en la tierra yo, pobre criatura?
¿Cuál es mi porvenir?.... ¡amarga suerte!
¡Mi sangre enfría el hielo de la muerte!...
¡Tened, Dios mío, compasión de mí!
¡Llena, Dios de bondad! ¡llena el vacío
Que un hombre deja en mi aflijido pecho!
Y.... ¡perdona, Señor, si está deshecho
El corazón que te consagro á ti!
¡Yo quisiera morir! ¡mas tengo padres!
¡Qué ingratitud tan grande! ¡qué locura!
¡Apuraré mi caliz de amargura
Sin compartir con ellos mi dolor!
Voy á verles... no quiero ser mala hija:
Sufren también... ¡enjugaré su llanto
Cubriendo con sonrisas el quebranto
Que agobia mi sensible corazón!

CANTO VI.

SONRISAS ENCUBRIENDO MARTIRIOS.

Y la niña encantadora
Arreglando sus cabellos,
Enjugó sus ojos bellos
Y dirigióse al salón
Donde sus padres estaban
De sus negocios hablando,
Y papeles revisando
Con creciente exaltación.
Al verla don Juan Antonio,
Levantó la noble frente,
Y la dijo tristemente:
—Hija mía, ven aquí.
No llores, dijo á su esposa,
Y ella repuso al momento:
—Tú sabes que mi tormento
Es por Lola y no por mí.—
¡Pobre ángel! ¿qué será de ella?
Añadió con amargura.
Y Lola, noble criatura,
Ocultando su dolor
Y estrechándola en sus brazos,
—¡Ya no llores!—repetía:
¿No sabes que mi alegría
La constituye tu amor?—
Don Juan dijo—¡Tú no sabes
De la suerte los vaivenes!....
¡Se han perdido nuestros bienes!....
—¿Qué importa, si existe Dios?
Dijo Lola, acariciando
De su padre la cabeza;
Y aquel ángel de pureza
Colocado entre los dos.
Esa noche parecía
El genio de la esperanza,
Señalando en lontanananza
Un risueño porvenir.
Sus padres al contemplarla,
Iban sintiendo el consuelo,
Como un pefume del cielo
Que suavizaba el sufrir.
Lola seguía diciendo
Con inefable ternura:
—¡Cese la negra amargura
Y ya no lloreis por Dios!
Que todo el oro del mundo,
En donde se aprecia tanto,
No vale lo que ese llanto
Que estáis vertiendo los dos.—
—Hija ¡es muy cruel la pobreza!
Dijo don Juan suspirando.
Lola, á su padre abrazando
Repuso:—Sé trabajar.
Yo daré clases de piano,
Haremos economías,
Y pasaremos los días
Felices, en nuestro hogar.
—¿Y tu novio, hija de mi alma?
—¿Mi novio? ¡quién piensa en eso!
Vamos papá: dame un beso,
Y no hablemos de Espinel.
—Pronto debiáis casaros.....

—Es cierto; pero es el caso,
Papá, que ya no me caso,
Porque ya rompí con él.
¡Jesús, Jesús! ¡qué cabeza!
Todo, todo se me olvida
Porque soy una aturdida.....
Ya no se hable de aflicción.—
Y Lola se fué corriendo.
—¿Qué tiene? dijo su padre
Y exclamó su triste madre:
—Tiene herido el corazón!—

CANTO VII.

FLORES MUERTAS.

Cuando llegó á su alcoba
La niña sin ventura,
Casi no respiraba
Su pecho virginal:
Cubría su semblante
La más cruel amargura,
Y el dolor entreabría
Sus labios de coral.
Apoyóse en el mármol
De una pequeña mesa,
Y abrió con mano trémula
Un lindo secreter.
Vió el fondo de aquel mueble
Con profunda tristeza:
Fondo que en otro tiempo
Veía con placer.
Con sus manos de niña
Comprimióse la frente:
Sentóse en una silla
Y una luz acercó,
Y luego suspirando
Murmuró tristemente:
—¡Adiós ilusión bella!.....
¡Todo..... todo acabó!—
De una lujosa caja
Extrajo muchas cartas;
Y el hermoso retrato
De Carlos Espinel,
Y exclamó con angustia:
—¡Corazón no te partas!.....
¡Este hombre se vendía!....
¡No palpites por él!—
Después, sacó la niña
Mil flores desecadas:
Violetas, pensamientos,
Ramitos de ilusión:
Flores que al punto fueron
Con llanto salpicadas;
Llanto que era tan triste
Como la decepción.
Luego, guardó en la caja
Cartas, retrato y flores;
Diciendo:—¡Hay un abismo
Profundo entre los dos!
¡Disipóse el ensueño!
¡Murieron mis amores!.....
¡Adiós dulce esperanza!.....
¡Bella ilusión..... adiós!—
Pasó la triste noche.
Y al despuntar el día,
Llamó la triste Lola
A una criada muy fiel,
Y la dijo, fingiendo
Juvenil alegría:
—Lleva al punto esta caja
Al señor Espinel.
Dile que ya no compro
Joyas de tanto precio,
Porque mi amado padre
Sus riquzas perdió.
Dile que el lapidario
Sólo inspira desprecio
A la joven que un día
Con perlas se adornó.—
La niña encantadora
Vió partir á su criada,
Y murmuró afligida:
—¡Silencio corazón!
¡Tus dorados ensueños
Hundiéronse en la nada!
¡Ahora .... solo te queda
La cruel desolación!—
Y exhalando un suspiro
Reclinóse en su lecho
Diciendo:—¡Ya en el mundo
No hay nada para mí!—
Comprimió con sus manos
Su fatigado pecho,
Y exclamó delirante:
—¡Siento la muerte aquí!—

CANTO VIII.

AGONÍA LENTA.

Don Juan Antonio Castel
No perdió tanto en la quiebra,
Y vió con gran regocijo,
Después de pagar sus deudas,
Que si faltaban millones
Para vivir de sus rentas,
El trabajo le libraba
Del rigor de la miseria.
Pero Lola se moría:
Se moría de tristeza;
Ocultando sus dolores
Con sonrisas halagüeñas,
Por no afijir á sus padres
Que pensaban sólo en ella,
Y miraban suspirando
Su palidez de azucena.
Pero, en la callada noche,

Contemplando las estrellas,
Deshacíase en sollozos
Y á Dios contaba sus penas,
Y la muerte iba rodeando
A la virgen hechicera;
Desteñía sus colores
Al batir sus alas negras,
Y la joven expiraba
Cual pudorosa violeta,
Que muriendo entre el follaje
Al cielo enviaba su esencia.
Y en tanto, ¿qué hacía Carlos?
Asediaba á una coqueta
Muy rica y muy vanidosa,
Que para verse más bella
Usaba gruesos brillantes,
Topacios y hermosas perlas.
Tula, (que así se llamaba
La graciosa damisela)
Hacía grandes conquistas,
Y contaba por docenas
A los muchos pretendientes
Que, pensando en sus riquezas,
La requerían de amores
Jurando constancia eterna.
Entre tantos aspirantes
Llevaban la preferencia,
Carlos, porque era buen mozo,
Y un hombre de mucha ciencia,
(Es decir, para los vicios!)
Porque el pretendiente era
Soltero de cuarenta años
Y famoso calavera;
Señorón de alto coturno,
De mérito y grandes prendas,
Porque tenía millares
De alajas y de pesetas.
Tula fué amiga de Lola:
Y una tarde muy serena
En que la joven estaba
Contemplando una azucena
Que al ir plegando sus hojas
Quedaba en su jardín muerta:
Llegó la pérfida amiga,
Y besando á la doncella,
Dijo:—Vengo á visitarte,
Para ver qué me aconsejas,
Porque estoy muy apurada....—
—Pues bien, cuéntame tus penas.
Repuso la dulce Lola
Entre formal y risueña.
—Pues has de saber, querida,
Que voy amando de veras
A un joven que tú conoces
Y que me aseguran que era,
Tu adorador.....
—(¡Dios me asista!)
—Yo había hecho la promesa
De no escuchar las palabras
De Carlos; pero, en conciencia,
Espinel es apreciable,
Y... se ama lo que se aprecia.
—Dices bien.
—Pero es el caso,
Que don Alfonso Villena
También quiere ser mi esposo,
Y es hombre de grandes prendas,
Porque es elegante, sabio
Y posee muchas riquezas;
Aunque la edad me triplica.....
Conque dí ¿qué me aconsejas?—
—Que te cases con el que ames
Y tu corazón nó vendas.
—Dices bien; pero ¿qué tienes?
—Nada.... nada.....
—¡Cómo tiemblas!
—Es un vahido.....
—Te has puesto
Pálida como una muerta.
Ven, te llevaré á tu cuarto;
Que en el jardín hay violetas
Y nardos en abundancia,
Y los perfumes marean.
—No, Tula.... no te molestes....
Déjame aquí.... ya estoy buena....
Fué un vértigo.... algo nervioso
Que ya pasó
—Como quieras;
Pero Lola, me retiro
Porque ya mamá me espera.
Con que adiós, hasta la vista.—
Y se alejó la coqueta
Dejando á la triste Lola
En el jardín medio muerta.

CANTO IX.

EN BUSCA DE OTRAS REGIONES.

—¡Pobre corazón mío! exclamó Lola
Comprimiendo su pecho virginal:
—¿Lo ves? han deshojado en tu presencia
La flor de la amistad.

Tula sabía que el amor de Carlos
En otro tiempo mi ventura fué:
Y á mí viene á confiarme sus amores....
¡Ah! ¡qué amiga tan cruel!

Ilusión... amistad... ¡todo ha concluido!
¡Es el mundo un desierto para mí!
¡Burlaron tus más nobles sentimientos,
Corazón infeliz!

¿Por qué no vi que seres imperfectos
No merecían este corazón,
Y que el amor purísimo de mi alma
Debía ser de Dios?

¡Perdóname, Señor, si en mi delirio

Hasta de tu existencia me olvidé!
¡Perdón, perdón si el alma que me diste
La consagraba á él!
¡A él, á Carlos, al hombre que adoraba
Con amor tan inmenso como ideal!
Al que mató mis bellas esperanzas....
Y.... ¡la muerte me da!
¡Me siento fatigada!... mi existencia
Es débil luz que se consume ya!
Mi alma... tiende su vuelo á otras regiones...,
Donde... ¡no engañarán!
Dijo la niña y exhaló un lamento:
Era un ay de sentida vibración,
Y en el soplo ligero de la brisa
El eco se perdió.
Doña Elvira, escuchando aquel sollozo,
Corrió al jardín seguida de don Juan;
Cuando el rostro de Lola se cubría
De palidez mortal.....
La triste madre la estrechó en sus brazos
Con infinito, indefinible amor:
Y don Juan á los pies de la doncella
De rodillas cayó.
Y era de ver el grupo que formaban
Los padres y la niña angelical,
Idealisados por la cruel angustia
Y el doloroso afán.
Lola, que había caído en un arriate
De los muchos que había en el jadín,
Era un botón de cándida azucena
Tirado en el pensil.
Las violetas la daban sus perfumes;
Sus tibios rayos el poniente sol,
Y para ella los cielos entreabrían
El azúl pabellón.
La brisa, suspirando entre las flores,
Parecía sollozos imitar,
Y las aves decían en su canto:
¡Se vá el ángel.... se vá!
—¡Hija de mi alma!—dijo doña Eloisa:
—¿Qué es lo que tienes ángel de candor?—
Lola entreabrió sns moribundos ojos
Y repuso:—¡Perdón!
¡Perdón os pido padres de mi vida,
Porque al partir os hago padecer!
¡No lloréis! ¡no lloréis! ¡os lo suplico!...
¡Dejadme ir con él!
—Y ¿quién es él? gritó la triste madre
Sintiendo el paroxismo del dolor.
—¡El que me ama con amor inmenso!..
¡El que no engaña!.... ¡Dios!
¿No veis aquella blanca nubecilla
Que el horizonte atravesando vá?
Es el trono de mi ángel inocente
Que me viene á encontrar.
¡Ya no me detengáis.. yo dejo el mundo
Porque ya estoy cansada de sufrir.
¡En la tierra hay dolores!... y en el cielo,
¡No engañan como aquí!
Aquí me hundieron en un mar de llanto
Cubierto por la negra decepción....
Y en el cielo... hay delicias inefables...
¡Amor! ¡eterno amor!
Y la niña gentil fijó sus ojos
Buscando á Dios en el espacio azul,
Y extinguióse su acento, cual la nota
Postrera de un laúd.
Y cual ruedan las gotas de rocío
Sobre las blancas hojas de un jazmín,
El llanto de sus padres salpicaba
Su rostro de marfil.
Murió la joven, y su infeliz padre
Gritó con sorda y estridente voz:
—¡Caiga sobre el verdugo de mi hija,
Mi eterna maldición!!—

CANTO X.

OJO, POR OJO.

Era una tarde lluviosa,
Y en el fúnebre panteón
Azotaba el aquilón,
El mármol de blanca fosa.
Una nube tempestuosa,
Que lloraba parecía,
Bañando la tumba fría
Y la cripta funeral,
Que era el lecho sepulcral
En donde Lola yacía.
Todo era sombra y tristeza
En la mansión de los muertos,
Donde sus despojos yertos
Escondía una belleza,
Ocultando entre la huesa
Sus encantos seductores,
Por no sufrir los rigores
Con que su alma traspasaron
Aquéllos que emponzoñaron
Su vida, jurando amores.
En el triste cementerio
Todo infundía pavor:
Parecía que el dolor
Allí tenía su imperio.....
Movíanse con misterio
Y el ánimo amedrentaban,
Las sombras que proyectaban
Blancas estátuas marmóreas,
Que entre las losas mortuórias
Como espectros se elevaban.
Si la fronda del saúz
Y los enhiestos cipreses,
Remedando humildes preses
Se agitan junto á la cruz;
Si vacilante la luz
En tiniebla se convierte,

Acer bo llanto se vierte
Con triste melancolía;
Que en ese cuadro hay poesía:
La poesía de la muerte.
En aquel panteón las flores,
Sus perfumes exhalaban;
Los árboles se agitaban
Produciendo mil rumores,
Que parecían clamores,
Carcajadas, alaridos
Y sofocados gemidos
Que allí lanzaban los muertos,
Al ver sus despojos yertos
En gusanos convertidos.

De pronto, un hombre embozado
A la tumba se acercó,
Y el frío mármol golpeó
Diciendo:—¡Soy un malvado,
Y el cielo me ha castigado
Porque yo la muerte dí
Al ángel que duerme aquí
Bajo esta losa insensible,
Y es imposible, ¡imposible
Que haya dicha para mí!—
—¡Lola, Lola! repetía
Con acento temerario,
Y el sepulcro funerario
El hombre á golpear volvía:
—Yo te abrí la tumba fría
Porque al despreciar tu amor,
Te dí el cáliz del dolor,
Angel bello de inocencia;
Pero escucha: mi existencia
Es abismo aterrador.
Lola: yo vendí la fe
De tu alma inocente y pura,
Y en pago de su ternura
Sin piedad la destrocé.
Y después... ¡después amé
A una mujer veleidosa!
¡La dí el título de esposa
Y la adoraba ferviente!
Y la vil ¡tisnó mi frente
Con una mancha asquerosa!.....
Oye: Tula codiciaba
Como yo ¡mucho dinero!
Como yo, mal caballero,
Ante el oro se arrastraba.
Ya mi renta no bastaba
Para lo que ella exigía:
Villena la perseguía
Siempre hablándola de amor,
Y la vil..... ¡vendió mi honor
En infame mercancía!!!
¿Lo ves? ¡estoy castigado!
¡Tengo lacerada el alma!
Perdí la serena calma,
Porque ella... ¡me ha deshonrado!
Lola.... ¡me hizo desgraciado
Esa mujer maldecida!
¡Es un infierno mi vida!....
¡Ah! ¡mi dolor no te asombre;
Que es castigo de un mal hombre,
Una esposa fementida!—
Escuchóse amartillar
La llave de una pistola,
Y el hombre prosiguió:—¡Lola!
¡Es muy negro mi pesar!
No le puedo soportar
Y me siento sucumbir!
¡Perdona! ¡te hice sufrir!.....
Pero... mi castigo es cruel!
¡Perdona al triste Espinel!.....
¡Perdónale! ¡va á morir !!—
La tempestad estallando
Con su fragoroso estruendo,
Sus negras alas batiendo
Iba las nubes rasgando
Y las flores dehojando
Terrible y desenfrenada:
Rugía su voz airada,
Y en el oscuro panteón
Sonó una detonación.....
Luego un ay, y después.... nada!
Esa fué la triste historia
De la virgen inocente,
Que duerme tranquilamente
Bajo una losa mortuoria!
Yo venero la memoria
De aquel ángel de consuelo
Que tendió su raudo vuelo;
Porque fué la dulce Lola,
Flor que al plegar su corola
Envió su perfume al cielo!

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala: 28 de marzo de 1892.

La gracia y la belleza.

Ha sido tan debatida la cuestión de que voy á ocuparme, carísimas lectoras, que cualquiera diría que ya está dicho; pero es un campo vastísimo que se presta á muchas consideraciones, y quiero haceros algunas, probando, hasta la evidencia, que sólo en la virtud y en la bondad del alma estriba el

prestigio y la belleza de la mujer.

Una de las cosas más importantes, mejor dicho, la única cosa á que la mujer da suma importancia convirtiéndola en cuestión de grandísimo afán é interés, es la necesidad absoluta que crée tener de parecer hermosa, y esto es tanta verdad, que fácilmente perdona las ofensas que se la hagan, mientras que no puede olvidar la falta imperdonable de llamarla fea.

Oh! sabéis lo que esto significa para la mujer?....

Es la ausencia de la alegría, de la triunfante vanidad de obtener aplausos, de la satisfacción íntima de alcanzar ovaciones repetidas; es por fin, el dolor más grande que puede experimentar, la pérdida de su belleza.

Generalmente la hermosura es madre de la vanidad y abuela de la tontería.

La mujer bella envenenada por la galantería de sus admiradores, concluye por envanecerse de una manera ridícula.

Le parecen poco todos los homenajes que se le tributan.

Los desea, los busca, casi los exige.

Se torna egoísta y pospone todas las cosas, aun las más importantes, á sus triunfos y conquistas pasajeras.

La belleza de su rostro, la elegancia de su talle, la gallardía de su apostura, es el bello ideal de la mujer.

Dice una joven escritora, que "las mujeres hermosas, generalmente hablando, tienen una vanidad exajerada que las pone en ridículo constantemente; son mujeres que quieren que se les rinda el mundo entero, mujeres que exijen homenajes, aplausos, adoración!

Esas mujeres son vanidosas, y la vanidad es una hidropesía moral de las cabezas humanas, que con nada se satisface, y es una enfermedad que al hacerse crónica, rara vez se suele curar."

La hermosa, más que ninguna otra mujer, necesita cultivar su inteligencia, vivir la vida del espíritu, hacerse amar por sus virtudes, porque de lo contrario, sólo sabrá inspirar el torpe amor de los sentidos, y no el cariño puro, santo, espiritual que llena de gloria la existencia.

Decía una escritora que la hermosura es como los perfumes, que en acostumbrándose á ellos no se sienten más.

En efecto, lectoras, llega uno á ver con indiferencia á la mujer más bella y que más impresión nos causara; nos olvidamos de sus atractivos, y es insoportable la vida á su lado si no tiene gracia, expresión, agrado y simpatía.

La belleza del alma es la que comunica mayores encantos á la mujer, sobre todo, fondo.

A un rostro feo le da cierta expresión de dulzura, de bondad, de alegre satisfacción, que agrada y atrae con fuertes simpatías.

La bondad es bastante para embellecer á una fea.

Porque la paz de una alma pura, la apacible serenidad de

la virtud, el candor y la pureza parecen rodear de una brillante auréola la frente de la mujer.

Y al fin, después de todo, cuál es la belleza?

Hay quien la sujeta á reglas y dice que la hermosura perfecta debe tener el rostro blanco, los cabellos rubios, los ojos azules y la boca sonriente y purpurina.

Otros afirman que no hay mujer bella si no tiene la tez morena, el cabello de azabache y ojos oscuros como el abismo.

Yo creo que tanto puede ser hermosa hasta la perfección una rubia como una morena, porque he visto criaturas encantadoras con ojos de cielo y trigueñas facinadoras.

¿Acaso ha podido sujetarse á reglas la belleza?

"¿Sabéis en que consiste la hermosura? pregunta un autor. Según el africano, en la descomunal dilatación de la boca; según el brasileño en la forma y proporciones de la nariz: según el chino en la admirable pequeñez del pié: para los haitianos no hay mejor gracia que el charol reluciente de la tez; en Holanda se mide la belleza en razón directa de la estatura; en Nápoles vice-versa: unos países de Europa atribuyen todo el mérito al color sonrosado que realzan con su mirar apacible unos ojos de cielo por el matiz y la dulzura; en otros países ocupan el trono de las hermosas los tipos esbeltos de tez morena, porque la tuesta el fuego de unos ojos negros ó garzos donde refleja la aurora sus luces más brillantes; de donde se deduce que la belleza no es una, porque hay mujeres muy hermosas y no se parecen entre sí."

Es la belleza una cosa muy deseada y no saben sin duda las que la desean que por más desprovista que se encuentre la mujer de perfecciones físicas, puede eclipsar las más celebradas hermosuras, si atesora un corazón sensible, un carácter afable, algún talento y el más bello de los dones que posée la mujer: la gracia.

La mujer buena y graciosa, es más celebrada, es más bella que una hermosura engreída y tonta.

Generalmente todas las bellas son vanidosas y fátuas.

Pagadas de sus encantos se elevan triunfantes y desdeñosas mirándolo todo con indiferencia. Convencidas de que tienen el más irresistible atractivo para el hombre, (después del dinero), se duermen tranquilas sobre sus laureles y descuidan el cultivo de su inteligencia y el adorno de su alma. Para ellas no hay más afán ni cuidado que el de realzar sus encantos, y el espejo y las modistas son sus mejores amigos.

Por esto se advierte en casi todo rostro perfectamente hermoso cierta expresión de tontería y fatuidad que repele y enfría el corazón.

El orgullo da un aire severo y helado que causa vivo desagrado y que afea el semblante de un modo atroz; el ceño de una beldad es repulsivo.

Además, la belleza necesita

cuidarse mucho para no caer de su trono, para no perder su mérito y su valor, porque un rayo de sol puede marchitar la frescura y el nacarado color de la tez; unas viruelas ú otra enfermedad cualquiera puede también torcer la boca, desfigurar los ojos y hacer estragos en la fisonomía más angelical.

¿No es un martirio tener que vivir esclavas de la hermosura?

¿No causa tedio verse obligada un día y otro día á cuidar de los encantos físicos que tan pronto pasan?

Una hermosa desea no envejecer nunca; el tiempo es su mayor enemigo, y gustosa haría el mayor sacrificio á quien le asegurara que sus hechizos serían eternos.

Si la mujer bella no cuida de elevar su inteligencia, de cultivar sus cualidades morales, de dedicar algunas horas al estudio y de reprimir con mano de hierro sus defectos y sus pasiones, no obtendrá más triunfo que el que hallan las estátuas.

Se las admirará como á un cuadro perfecto, como un objeto artístico, como á una *cosa* de valor, y el corazón de sus admiradores permanecerá fríoy seco.

¿A quién se le ocurre prendarse de una estátua?

Pues esto sucede con la mujer que todo su prestigio y su valor lo cifra en sus encantos físicos; esto sucede con la que se iguala á la camelia, flor exquisita, de suavísimos colores, de frescas hojas, de gran mérito, pero que carece de perfume, que es el atractivo delicioso de las flores.

En cambio, la que tiene la dicha de poseer gracia se hace irresistible y se enseñorea de todos los corazones.

¿Qué es la gracia?

Lo ignoro; se siente y no puede definirse. Es para unos la bondad, la dulzura, la simpatía, el candor; es según otros el talento de decir á cada uno lo que le agrada, de dar á todos el lugar que les corresponde, de no ofender á nadie y de cautivar hasta á sus enemigos; finalmente, es para muchos la elegancia y el buen gusto del vestir, la modestia de la mirada, la pureza del alma, la sensibilidad, la caritativa sencillez y la religión, que debe siempre acompañar á la mujer.

En el vestido, en el hablar, en los ademanes, en todo lo que la rodea, se conoce la gracia encantadora de la mujer, y esta cualidad basta para hacerla sobresalir y brillar entre las más perfectas hermosuras.

Una mujer fea, si es graciosa, si sabe rodearse de todo lo que cautiva en la mujer, y hacerse amar por las bellas cualidades morales, siempre será bella, porque tendrá la belleza del alma, que es la mayor de todas.

¿Cómo ha de ser fea la mujer buena y verdaderamente religiosa que ama la caridad, que cumple sus deberes, que vive en la paz de una alma justa, si la bondad, la dulzura y la modestia la hacen encantadora, revistiendo su rostro de una expresión de dicha sin igual y de

una especie de atractivo inexplicable que casi nunca resalta en el rostro de las hermosas, porque su belleza las hace pretenciosas, tontas y fátuas?

Creedlo, la mujer graciosa y buena vale más que la bella.

Añado el buena á la graciosa, porque no quiero que confundáis la gracia, con ese carácter festivo, ligero y burlón que todo lo critica, que todo lo desmenuza y del cual suele decirse: "¡qué gracia!"

¿Por qué desear tanto la hermosura, si ésta sólo cautiva á los hombres frívolos que aman la exterioridad, y no se cuidan de conocer el corazón de la que aman?

Sed amables, sencillas y buenas, y obtendréis grandes triunfos en el corazón del hombre sensato, y si la mayoría os desdeña, vivid descuidadas. El cariño y el aplauso de los tontos es una verdadera calamidad.

No os envanezcáis, lectoras que sois hermosas, y no os ofendáis porque diga que casi siempre la belleza es hermana de la tontería. La experiencia lo demuestra palpablemente.

Buscad la hermosura del alma que es la mejor y la única duradera, es la que no necesita de Juvencio, ni ninguno de esos afeites que adornan el tocador de las mujeres bellas.

Además, como el corazón no envejece nunca, si sois amables y discretas, si poseéis el encanto supremo de la gracia que no se explica, pero que se conoce muy pronto; si la dulzura, la amabilidad y el talento os acompañan, y si sois modestas, no temblaréis ante tal idea de perder vuestros encantos que durarán tanto como la vida, y esta es una grande ventaja sobre las que siempre temen que venga la efermedad ó la mano pesada y destructora del tiempo á robarles sus atractivos.....

Una de esas reinas de la elegancia, una de esas deidades hechiceras que han visto atados á su carro de triunfo cien adoradores, no se viste por agradar á su marido solamente; quiere los homenajes de todos, y la admiración de cuantos la conocen, y de lo que menos se acuerda es de agradar al compañero de su vida.

El día fatal en que surca su frente la primera arruga, sufre una horrible decepción.

Cuando cae del trono y pierde la soberanía de la hermosura, cuando aparecen las traidoras canas, cuando engruesa su talle, una amargura inmensa llena su corazón.

Quisiera tener el poder suficiente para detener el rápido paso del tiempo que corre con tanta ligereza.

En cambio, como la gracia no teme á la edad, vive tranquila y es más dichosa; como no se pierde con los años, ni se desfigura y ni se trasforma, como siempre guarda su indecible encanto, la mujer que la posée no teme envejecer, y le importa poco que surquen sus sienes hondas arrugas y que sus cabellos se maticen de plata, porque hasta que muera dura el reinado de sus atractivos.

Desead la gracia, porque es fácil obtenerla; buscad la virtud, la dulzura, la modestia y seréis graciosas, y siéndolo obtendréis grandes y verdaderos triunfos, y la paz del alma os acompañará siempre.

Cultivad vuestra inteligencia, lectoras, y seréis felices.

Amad la virtud y no envidiéis el efímero y pasajero reinado de la hermosura, porque es muy desdichada la que sólo es admirada por su semblante.

Recordad siempre estas palabras de un distinguido autor contemporáneo: las conquistas de la belleza son falsas; aprisionan solo la mitad del enemigo, y entretanto el pudor y la gracia duran toda la vida y rinden fortalezas que se juzgaban inconquistables.

RATUEL.

A DOROTEO FONSECA.

Cuando ya ningún rayo de ventura
Alumbra la existencia indiferente.....;
Cuando sin fe en el pecho ni en la mente
Vamos del mundo por la *selva oscura*....;

Cuando sentimos que una mano impura
Nos ha herido traidora y fríamente,
Y aun vemos sonreírnos jovialmente
Al falso amigo ó la mujer perjura.....;

Cuando del desencanto al soplo frío
Nuestra última ilusión se desvanece,
Y en nuestro corazón se hace el vacío...;

Cuando ya nada se ama ni apetece,
No nos queda otro bien, amigo mío,
Que la paz que el sepulcro nos ofrece...!!!

ISMAEL CERNA.

San Salvador: 28 de marzo de 1892.

CARLOS GIL.

(Véase la página 84 del Nº anterior.)

II

Precisamente el mismo día en que un amigo me preguntaba quién había sido Carlos Gil, llegó á mi casa un mozo de la oficina de Correos con el objeto de entregarme un paquete certificado que me había traído el vapor del 22: eran papeles de mi amigo muerto; su hermana me los enviaba, "como un regalo de ultratumba," que por conducto suyo me hacía el que en vida tanto supo quererme.—"Sé que para otros no valdrían nada esos papeles—dice ella—; pero sé también que para U. son muy valiosos, por la tierna amistad que lo unía con Carlos; por eso á U. se los envío. Además, en unos renglones algo ilegibles, escritos con lápiz y ya medio borrados, bosquejo de una dedicatoria, se lee claramente el nombre de U., como puede verlo en el pedazo de papel que va adjunto á esta carta. Si Carlos dedicaba á U. lo que había escrito, yo cumplo la volunuad de mi hermano mandando á U. sus pobres borradores. Por poco que valgan, en ellos vertió las tristezas de su alma enferma; y, créalo, siento cierta involuntaria emoción de fraternal reproche al considerar que dedicó sus escritos á un *amigo* ausente, á quien no veía desde hace muchos años, teniendo tan cerca, y como única compañera, á esta su pobre *hermana*. Usted perdonará esta debilidad mía, pero

es lo que ya le he dicho: lo quería á U. más que á mí .....
..... Los muchachos—sus condiscípulos—han dedicado á la memoria de su amigo una corona fúnebre; le envío un ejemplar. Proyectan también erigirle en el cementerio un pequeño mausoleo. Pobres! tanto que les agradezco lo bien que se han portado! ¡Si los hubiera visto U. qué conmovidos estaban! Hicieron circular tarjetas firmadas por ellos, en las que invitaban para el entierro. Me cuentan que se disputaban el llevar en hombros el ataúd. En el cementerio pronunciaron discursos muy sentidos; dicen que el de G. Ibarre fue el mejor: hizo llorar á todos los asistentes."

Esto, y otras confidencias íntimas, me dice su hermana Mercedes.

*

¿Que quién era Carlos Gil?

Me parece que lo estoy viendo como cuando éramos condiscípulos y tenía él diez y nueve años de edad: alto, delgado como una caña, pálido como un romántico; con sus largos cabellos negros, suaves y rizados; su frente espaciosa, como la de un griego antiguo; sus ojos grandes, pardos, llenos de dulzura; su nariz de romano; su boca franca, de labios algo gruesos, donde continuamente moría, al nacer, una sonrisa semi-infantil y semi-volteriana. El pecho lleno de fuego, de un fuego que lo consumía; en el cerebro una llama, de vívidos resplandores; en la frente el sello del genio.

Por lo demás, todo un buen muchacho, amigo excelente, exagerado en sus entusiasmos, humilde en sus juicios, tan decidor como meditabundo, tan severo como indulgente, pero siempre simpático.

Escribía mucho ..... para él.....y para mí; por distracción, por cualquier cosa, por lo que corre el agua. Se asustaba como un ladrón cogido infraganti cuando alguien sospechaba que él hacía versos .....

—Me han dicho que U. es poeta, le preguntó una vez un amigo mío que le había presentado recientemente.

—Mentira .... yo no soy eso, yo no, contestó enrojeciendo y todo lleno de turbación.

¡Él, que era un Heine inédito! Dibujaba, pintaba. En la ciudad se hizo célebre una *Dolorosa* suya, ornamento de su sala de artista en flor. El buen Obispo decía que el cuadro era digno de adoración, aun sin estar bendito.

Paisajista de primera fuerza —como Bécquer — salía en las mañanas y en las tardes por los deliciosos alrededores de Popayán, llevando su álbum y sus lápices: decía que iba "á cazar paisajes, como otros cazan perdices."

A veces "cazaba" unas cuantas bellas estrofas.

Era excursionista acérrimo; decía que necesitaba "beber mucho aire rústico."

De esas excursiones traía siempre algo bueno: el croquis de una puesta de Sol tras los picos azules de la cordillera occidental de los Andes; la colina

de Belén, con su preciosa capillita y las muchachas de sueltas cabelleras que suben corriendo por la senda empedrada y tortuosa que conduce hasta el atrio de la iglesita blanca; una miniatura del paseo de "El Ejido," en el camino que conduce á Pasto; un recodo del río Molino; el Puracé en erupción; una venta, donde un estudiante hace señas amorosas á una guapa muchacha, mientras la madre de ésta sirve á un transeúnte una copa de aguardiente .....

Todo esto lo he visto yo en su modesto cuarto de estudio.

A veces se entretenía en creaciones de lo más originales, cuando echaba á volar la imaginación: Flammarión viajando por el espacio, montado en un rayo de luz; una francachela en el Infierno; la Tierra levantándose en el horizonte de Júpiter.....

Una mañana trajo del campo una bonita composición en verso: una alegoría mal sostenida, pero esencialmente poética; casi lo primero que rimaba. Yo se la robé y la hice publicar en los *Ensayos Literarios*, periódico manuscrito que redactábamos varios estudiantes y que llenábamos con versos para nuestras "novias," alumnas casi todas de la Escuela Normal de Maestras.

Todavía recuerdo dos estrofas de esas *primicias* de mi amigo:

"Héla allí está del Cauca á las orillas
la bella y seductora Popayán,
blanca paloma entre follaje umbroso
que se contempla en claro manantial.
Y vedla cuánta donosura muestra
al pie del viejo, cónico volcán:
reina infeliz que abraza las rodillas
de egregio padre moribundo ya."

Salieron suscritas por el seudónimo *Carolipo Isaac;* pero aun así se alarmó la modestia del autor. Ante las averiguaciones de los estudiantes se afligió mucho, y me hizo decir que la composición era mía.

"Después de todo" — me decía — "el que no lo sepa puede aprender en mis versos que Popayán está á orillas de un río y al pie de un volcán."

En un clima que da muy buen color al cutis, sólo él, puede decirse, era extremadamente pálido. Una vez le hablábamos de las mejillas color de manzana madura: "color de campesino y burgués," exclamó él; sólo á los hombres pálidos temía Julio César; Napoleón nunca fue rubicundo."

Se hablaba de Edison y de sus prodigiosos descubrimientos. "¿Para qué estudiar?," dijo; "cuando pienso en lo que han podido hacer ciertos hombres, se me antoja que debo pasar la vida durmiendo."

Leíamos la gran epopeya de la independcia suramericana: los hechos extraordinarios, inverosímiles, de Bolívar, Páez, Santander, Sucre, Córdoba, Ricaurte, Girardot..... "En la carrera de las armas, que ha engrandecido á tantos hombres, y que tanto ensalzaba D. Quijote —dijo Carlos Gil—nada han dejado para nosotros esos guapos y expertos mocetones: nosotros no pelearemos sino en las guerras civiles, lo cual es por cierto bien triste, por más que

haya de por medio los más hermosos ideales políticos. ¿Acaso nos darán éstos suficiente material para una revolución como la de 1789 en Francia?"

Esa fatal guerra civil llegó bien pronto. Hubo que pelear en ella. Los mozos — historia de siempre—se lanzaron al campo á lavar con su sangre las manchas negras de inmoralidad política con que los viejos *leaders* infaman las banderas más puras. No otra cosa fue la revolución de 1885 en la patria de Santander: un holocausto de la más brillante juventud en el mismo altar de la Patria, donde esos viejos *leaders* habían quemado años tras años el incienso sacrílego del crimen y la utopia.

*

Carlos Gil, por supuesto, entró en campaña.

F. A. Gamboa.

SANTA TECLA.

La ciudad de las flores,
Tierra hechicera,
Donde mis ojos vieron
La luz primera,
Es el lugar bendito
Que la natura
Escogió para alcázar
De la hermosura.

Sus mujeres son bellas
Y salerosas,
De todos admiradas
Por lo virtuosas;
Y en ellas se han reunido
Tales encantos,
Que enloquecer pudieran
Hasta á los santos.

Dichoso pueblo mío,
Qué feliz eres,
Pues ángeles divinos
Son tus mujeres;
Hermosas y lozanas
Como las flores
Que nacen en tu suelo
Regando olores.

En tus mañanas frescas
Y deliciosas
Se respira un ambiente
Como de rosas,
Los pájaros sus cantos
Lanzan al viento
Saludando á la aurora
Con dulce acento.

Tus feraces colinas
Que el sol colora,
Enriquecen la mente
Más soñadora;
Y al contemplar tu cielo
Puro y hermoso,
El corazón palpita
Lleno de gozo.

Tus verjeles risueños
Dan la alegría
Como los bellos prados
De Andalucía.....
¿Qué lugar en el mundo,
Decid, encierra
Los encantos divinos
Que hay en mi tierra?

Pero ay! es necesario
Decirlo todo,
Por mas que algún paisano
Me punce el codo;
Pues aunque del poeta
Pulse la lira,
Yo soy muy enemigo
De la mentira.

Las calles en mi tierra
Son alumbradas
Por pequeñas mechitas
Enmantecadas,
Que como las luciérnagas
De luces bellas,

Solo alumbran el puesto
Que ocupan ellas.

Por eso nadie puede
Salir de noche
Ni solo, ni á caballo,
Ni á pié, ni en coche,
A menos que haya alguno
Muy mentecato,
Que siendo narigudo
Quiera ser chato.

Porque es cosa muy fácil
Que, caminando,
Se vaya el transeunte
Desnarizando,
Pues en casas y postes
Puede estrellarse
Si no lleva linterna
Para alumbrarse.

Y tal inconveniente
Solo es debido
A que el pobre alumbrado
Nunca lo ha sido:
Lucesillas verdosas
Y enfaroladas
Que parecen morirse
Ya desahuciadas.

Con mejor alumbrado
La tierra mía,
De noche fuera tanto
Como es de día,
Y si no, que la miren
Cuando amorosa
La baña con sus rayos
La luna hermosa.

Yo os suplico, tecleños,
Que, con cuidado,
Hagáis por conseguiros
Buen alumbrado,
Para que á todos brinde
Noches mejores
La ciudad de los ángeles
Y de las flores.

José María Gomar.

TUTO.

De tiempo en tiempo acostumbro leer los avisos de los periódicos, que por cierto no tienen para mí ningún interés. Aviso tras aviso; la "casa que se arrienda," las "píldoras maravillosas," los mil reclamos á la atención pública con que los interesados paran la vista de los lectores en el lugar deseado. Hay en esto algo muy parecido á los medios escogidos por los ambiciosos del mundo, á fin de llevarse, de grado ó por fuerza, tras de sí la admiración de las gentes.

De la confusión disparatada de estos curiosos llamamientos, surgen á veces como puntos sombríos, avisos tristísimos ó vergonzosos que echan sobre el ánimo algo así como un velo de dolorosa melancolía. Una madre que "*no responde por las deudas de su hijo*;" un marido que pone en entredicho á su mujer, y á renglón seguido la represalia de ésta, asegurando *que sólo ella puede vender*.... y cuántas cosas más, horribles y tristes, que ensombrecen la luminosa tarea de la prensa!

Un día, después de leer todos estos *Interesantes*, topé con un *¡Ladrones!* Vaya una cosa! si media humanidad vive de la otra media, qué hacer?

Era que un muchacho, un cualquiera, de apodo Tuto, había cometido un robo.

Tuto! pero quién es él? y qué se me da á mí que haya un ladrón de este nombre? Esto pensé yo, á semejanza de lo que

piensan muchos en presencia de la agena desgracia cuando no lesiona los propios intereses. Y quise hacerme el indiferente. Pero pasó un día y otro día, y mi cabeza dando vueltas por hallar un recuerdo que explicara el interés que me inspiraba el ladrón. Por fin lo encontré, lo encontré con sorpresa y miedo. Jamás hubiera imaginado que quien tan de cerca me toca, fuera el protagonista de tan repugnante falta.

Conocí á Tuto en el colegio: era un muchachillo bajito y regordete, siete años, cara redonda con ojos muy abiertos de mirar asustado.

—Como te llamas?—Tuto. —De dónde eres?—De la Vega.

No sé si sería un huérfano, ó un niño de padres pobres, heredado con el desamparo que da la miseria; lo cierto es que él no conocía familia alguna. ¿Qué pensáis de un muchacho de esa edad, que se encuentra así, solo en el umbral de la existencia? Un adivino no habría trabajado mucho para predecir la suerte del huérfano.

Se ganaba él la vida: llevaba y traía recados, y nada más, porque era inepto. Ni asomo de escuela, ni indicio de talento, ni señal de ser protegido. Su gran clientela componíamosla unos cinco colegiales, tan pequeños como él, y como él pobres, pero con fuertes letras de cambio en esperanzas para lo porvenir, de las cuales, no pocas han sido protestadas al llegar el plazo. Tal cual *medio*, alguna vieja casaca, y en ocasiones, camisas estrelladas de remiendos: esto sacaba Tuto de nosotros. Ufanos con nuestra pequeña caridad, jamás pensamos en el porvenir del mandadero. Ni nosotros ni nadie. El sólo buscó el camino y halló el más corto: hoy sus proezas son conocidas: es ladrón!

Al pensar en aquel presente y este porvenir, se pregunta uno: ¿en qué ignorado escollo escribe la fortuna, la suerte del hombre? Quién es el fuerte? quién el que está seguro y firme en medio de su virtud?

Yo no sé cómo responder á tales preguntas; pero me digo que en esto el orgullo nos ciega. Hay reputaciones inmaculadas que nada deben á sus dueños; hay criminales que deben su maldad á la suerte.

Ved á donde ha venido á parar aquel oscuro muchacho que tan preferente lugar ocupa en mis recuerdos de niño. Y he aquí por qué no puedo olvidar á Tuto; porque las cosas de nuestra infancia las queremos con obstinación invencible, con un cariño que constantemente está protestando contra los débiles afectos nacidos después en el corazón, ansioso siempre de pasiones.

Tuto! qué importa que arrastrado por la desgracia haya cometido un crimen? El, para mí, más que un hombre, es un recuerdo, de esos que fijamos en el camino de la vida, cual columnas conmemorativas en las cuales podemos siempre leer las alegrías y los dolores recogidos en nuestra peregrinación sobre la tierra.

Después de tanto tiempo de no llamar á las puertas de mi memoria, debiera haber venido ataviado con el modesto y blanco traje de la honradez, y no envuelto entre los harapos del crimen, como me lo devuelven la miseria y la imprevisión social, pero no importa: no tengo más que cerrar los ojos; entrarme al rincón donde guardo mis años de colegial y descorrer el lienzo que cubre uno de mis mejores recuerdos, para ver aparecer al muchachillo de ojos abiertos y asustados: es él, el Tuto de los mandados; el hijo de la Vega, el huerfanito amparado por la pequeña caridad de un niño.

ALBERTO MASFERRER.

A SALVADOR DIAZ MIRON.

Eres poeta de pujante aliento
Y de grandiosa inspiración potente:
Tu alma de bronce es divinal portento
De do brotan ideas en torrente.

Majestuoso te elevas prepotente
Con el águila audaz del pensamiento;
Y en la región serena y esplendente,
Vibra y arroba tu sublime acento!

E inspirado, á los hombres apostrofas
Al són augusto de tu lira homérica,
Y de lo bajo y de lo vil te mofas
Con el orgullo de la raza ibérica,
¡Y ante el mundo proclaman tus estrofas
Que cón un *genio* más cuenta la América!

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

San Salvador, 1892.

EL ARPA

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas!

BECQUER.

Reina de la música, alma de la armonía, encanto del oído, símil del genio; preludio portentoso de belleza, sublime y misteriosa voz, á cuyos irresistibles ecos despierta el sentimiento: todos los instrumentos musicales te rinden veneración y culto! Todos se postran humillados ante tu divina grandeza; todos conocen los milagros de que eres capaz; admiran tu egregio linaje; saben tu gloriosa historia, y, convencidos de que al honrarte honran al arte divino de que son expresión fidelísima, te aclaman y saludan como al genio mágico de la música, que ha logrado hacer de la plegaria una epopeya de lágrimas, cuyos cantos se oyen en el cielo. Solo Dios sabe cuánta sublimidad encierras en tu seno; sólo El es capaz de otorgar á tus virtudes el premio merecido. Tú eres la amiga inseparable de aquel rey de los judíos tan favorecido por Dios como olvidado de sus beneficios, que en la hora del arrepentimiento quizá no hubiera percibido tan bellamente las dulzuras del perdón, de no ser tú la mensajera de sus poéticas lamentaciones; tú, la que semejas angélicas melodías y trinos de ruiseñores; tú, la escala de aéreas cuerdas que encierra un mundo de belleza; tú, la compañera eterna de la mujer

judía; tú, en fin, el instrumento más hermoso, más dulce, más tristemente poético y más imperioso de cuantos el arte emplea en su servicio. Tuviste por patria un pueblo que pagó su criminal error con el destierro, y emigraste; hoy ese pueblo no tiene patria; tú como el arte, tienes por patria el mundo.

Cuando asistimos á un concierto, y empieza la ejecución de una de esas obras maravillosas, que han arrojado desde la altura de su genio esos gigantes del arte que llaman Mozart, Bethoven, Hayder y Mendelssohn, la orquesta toda se pone en conmoción como las abejas de una colmena.

Allí todos los instrumentos se afanan en procurar que el conjunto resulte armónico y perfecto; pero no obstante, diríase que lucha cada cual por hacerse oír más que los otros y lograr en premio un aplauso. Los violines gimen acompasadamente bajo sus arcos, dejando percibir vibraciones delicadas que conmueven lo mas profundo de nuestro ser y hacen asomar lágrimas á nuestros ojos; la flauta, eco fiel de la melancolía y de los sencillos amores, nos impresiona con la dulzura de su voz; los instrumentos de metal, con sus notas que tanto imitan el rugido de las pasiones, nos animan á las grandes empresas, infundiéndonos valor y entusiasmo; mas nadie logra la victoria.

Aquella es una revolución de belleza, una especie de amargura ordenada por la indiscutible batuta. Pero habla el arpa, abandona el triste silencio en que sus recuerdos tiénenla sumida, y la orquesta enmudece; sólo se oye entonces aquella prodigiosa escala que una mano de nieve arranca de las cuerdas del arpa, como se arrancan las hojas de una flor. En aquel momento, arpa, todo lo dominas. El público oye tus suspiros con religiosa atención, el violín y la flauta callan avergonzados de que pueda hacérseles rivales tuyos, y todas las almas seducidas por tu irresistible elocuencia, sienten deseos de amar á Dios.

La música religiosa no puede encontrar intérprete más fiel y severo que tú. Gounod, en su sentida y melodiosa *Ave maría*, ha solicitado de tí la inmortalidad, y en cuatro notas se la has concedido. ¡Poder maravilloso!

También sabes cantar el amor, pero no el amor arrebatado y loco sino el puro y dulce amor de la inocente virgen. La mujer hermosa á quien no ocultas la clave de tus secretos, reconocida te cuenta todos sus pesares, y amante de tu belleza te abraza conmovida vertiendo hermosas lágrimas que arrancas fácilmente con tus inspirados cantos.

Tu fama es universal; tu compañera la musa; tu altar *el templo.*

Pero dolor causa el decirlo: el arpa no siempre goza de las consideraciones que su ilustre orígen y sus innegables títulos les merecen. Yo la he visto muchas veces rota, sucia, enmohecida, casi muerta en hcm-

ñeros de pequeños y desgraciados músicos callejeros que más bien la arrastraban que la conducían.

Y comprendí entonces la causa de esta degradación: El arpa no ha olvidado que estuvo en Jerusalén y por eso suele ser en Europa la pesada cruz con que los niños músicos suben al Calvario del arte.

ANTONIO MACÍAS.

SONETO CURSI.

Muy bien sabes, amiga, que te quiero,
Que adorarte, en la vida, no es delito;
Y que antes que me olvides, yo prefiero
Arrojarme á tus piés como proscrito,

A ofrecerte ilusiones; mas dinero
No te ofrezco, mi bien, mi amor bendito:
Mi capital es *cero sobre cero*
Multiplicado por el infinito!

Yo te ofrezco mi mente de poeta,
Mis cantares, mi amor, mis ilusiones,
Y te ofrezco de mi alma todo el brillo;

Pero no busques en mi bolsa escueta
Ni uno, ni dos, ni cinco mil doblones,
Pues no tengo ni un real en el bolsillo!

RAMÓN P. MOLINA.

Congreso Literario.

La *Asociación de Escritores y Artistas* de Madrid, ha circulado su convocatoria para la celebración en Octubre de un congreso literario hispano-americano en Madrid: está redactada por el señor Núñez de Arce en llana y hermosísima prosa de que pueden juzgar por estos párrafos los lectores:

"Deseosa de contribuir, en la medida de sus fuerzas, á la conmemoración de uno de los más asombrosos acontecimientos que registra la Historia, la *Asociación de Escritores y Artistas Españoles* ha acordado solemnizar con la celebración de un CONGRESO LITERARIO HISPANO-AMERICANO el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Separándose de la marcha seguida por otros congresos internacionales de índole análoga, que se han consagrado especialmente á ventilar y esclarecer las múltiples cuestiones de derecho relacionadas con el respeto debido á la propiedad intelectual, la fiesta de familia para la cual invita la *Asociación de Escritores y Artistas Españoles* á sus hermanos los literatos de América, tiene, en esta ocasión, un fin menos concreto, pero de mayor trascendencia. Su objeto exclusivo será el de sentar las bases de una gran confederación literaria, formada por todos los pueblos que aquende y allende los mares hablan castellano, para mantener uno é incólume como elemento de progreso y vínculo de fraternidad, su patrimonial idioma. El pensamiento es patriótico, en el más amplio sentido de la palabra, porque á todos cuantos la estimamos como propia nos importa del mismo modo la conservación de una lengua expresiva y majestuosa, que épicos navegantes, soldados heróicos y valerosos apóstoles de la fé de Cristo, esparcieron como fecunda semilla para que sus sucesores recogie-

ran el fruto, por una parte de las costas africanas, por el vasto continente americano y los más ricos archipiélagos de Oceanía.

"Siempre ha soñado la humanidad con la posesión de un habla común que sirviendo de fácil y luminoso vehículo á las ideas, pusiese en íntima y constante comunicación las inteligencias, los sentimientos y los intereses de de la tierra. Diez y seis naciones libres y soberanas, hijas de España, llamadas por la extensión de su territorio y sus inagotables veneros de riqueza á los más prósperos destinos, gozan de este inapreciable bien, comulgando desde el Norte de México hasta el cabo de Hornos en un mismo idioma, el cual, sobre todas sus excelencias, ostenta la gloria indisputada de haber sido el primero de Europa que, flotando sobre las aguas de mares hasta entonces no surcados, llevó el espíritu de Dios á un mundo desconocido.

Obligación es, por tanto, de todos los que con legítimo orgullo le llamamos *nuestro*, la de impedir que se corrompa y degrade ese *verbo* explendoroso cuya irradiación civilizadora alcanza los últimos términos de la tierra: pues si por indiferencia, incuria ó flaqueza de ánimo dejáramos de cumplir con el deber que la misma naturaleza nos impone, incurriríamos en grave responsabilidad ante las generaciones venideras, y nos haríamos acreedores al desprecio de la Historia.

"Fundada en estas razones, la *Asociación de Escritores y Artistas Españoles* no ha vacilado en promover el CONGRESO LITERARIO que hoy anuncia, y pera el cual ha obtenido el generoso concurso del Cuerpo diplomático acreditado en España por las jóvenes repúblicas del continente que Colón arrancó á los misterios del Océano. Todos los miembros que le componen, respondiendo á los nobles impulsos de la sangre, han aceptado con fervoroso entusiasmo el proyecto, y prestan la autoridad de sus firmas á esta convocatoria, que juntos dirigimos desde el hogar paterno, con ocasión de una fecha eternamente memorable, á los ilustres representantes de las letras americanas. Ningún temor abrigamos sobre el éxito de la empresa, porque estamos convencidos de que los amantes y cultivadores de la lengua castellana en ambos hemisferios acudirán á nuestro llamamiento, cooperando á una obra común, que tan provechosa puede ser para la unidad intelectual, el porvenir y la grandeza de nuestra raza."

Firman esta convocatoria: El Presidente de la *Asociación de Escritores y Artistas Españoles*, Gaspar Núñez de Arce.—El Ministro de la República Argentina, Miguel Cané.—El Ministro de Costa-Rica, Manuel M. de Peralta.—El Ministro de la República Dominicana, José Ladislao Escoriaza.—El Ministro de Guatemala, J. Carrera.—El Ministro de México, V. Riva

Palacio.—El Ministro del Perú, Pedro Alejandrino del Solar.—El Ministro del Uruguay, Juan Zorrilla de S. Martín.—El Encargado de Negocios de Colombia, J. T. Gaibros.

Como puede observarse, en las firmas precedentes figuran los representantes de todas las repúblicas hispano-americanas que tienen residencia en Madrid.

UN RETRATO DE EMILIO ZOLA.

Dibujábase claramente en la tibia luz del salón la interesantísima figura del apóstol del naturalismo. Muchas descripciones se han hecho de Zola y ninguna de ellas se aproxima á la verdad. El Zola dibujado por Renouard; el Zola de zuecos, gorro y chalecho de Bayona, más parece un león y Castillo en confianza, pensando *en mangas de camisa*. El Zola de sus primeros tiempos es también otro Zola de semblante más duro y cuerpo más recio.

Sería imposible determinar con fijeza la cara de un escritor en los distintos momentos de su vida. Sólo de Voltaire se han dibujado cuarenta retratos, que se transforman como una *Metempsicosis* de feria: desde el Voltaire fino, soñador, al Voltaire de nariz larga, ojos de lagarto, boca torcida y grande como de hucha, cuya cara parece carátula griega, cuando no víctima de choque de trenes, el pincel del artista ha recorrido las escalas de la risa y el dolor. Del mismo modo el Zola bohemio, el Zola batallador, no es este Zola que veo delante de mí, vestido con elegante traje gris y sombrero de fieltro á la moda, que lleva en el ojal de la chaqueta, como una pincelada roja sobre el gris, el cintajo de la Legión de Honor. Si á Zola le hubieran dicho, cuando corría por los campos con su *Ninón* amada, cogiendo la fruta pendiente, de la rama que debía colgarse en el chaleco esa cadena y esa moneda de oro con el busto de Luis XIV que ahora lleva, se hubiera burlado de quien tal dijera, llamándole *bourgeois* despreciativamente.

El Zola que escribió *L' Assomoir y Nana* no puede ser el mismo Zola que ha escrito *Le Reve*. Porque en un Zola hay varios Zolas que se agrandan y se achican, como esos juguetes japoneses de ingenio en que se van sacando cajoncitos en disminución. Ese Zola señor, *bourgeois*, que habla con voz atiplada á ratos, no es el Zola que ha escrito *Mes Haines*. La decepción es completa.

Siempre tienden los escritores y críticos á simbolizar en el aspecto del escritor el carácter de sus obras: si es romántico, ha de tener ovalado rostro de marfil; si es naturalista, greñas por aquí, greñas por allá, pelos de lobo, coces en vez de palabras. Con Zola ha ocurrido esto. Tal vez, cuando se le vea en su jardín de Medan, vestido de hortelano, la ilusión naturalista sea completa. Pero, en este momento, cualquiera creería, y perdónese la exageración, que

el pontífice iba á elegir muestras para una casa de comercio.

Este Zola parece á primera vista un *burgeois* que viaja en primera clase, come bien y no sale en los periódicos hasta que se muere. Dábanme ganas de preguntarle:

—Pero ¿usted ha escrito *Le Rebe*? ¿Usted es el padre de Silvia, el amante de Ninón? Imposible. Usted debe ser el *suegro* de esos dos personajes.

El Zola que en este instante pasea lentamente y mira, á través de los húmedos cristales de la rotonda, el *Conde de Benedito*, balanceándose en un agua verdosa y sucia que tiene todas las tonalidades de la porquería, ese Zola es un hombre cuadrado, de regular estatura, ancho de espalda, de recia musculatura, movimientos perezosos; camina un poco encorvado, con los brazos atrás; no es fino ni esbelto, pero tampoco ordinario; es sencillamente *un hombre*, lo que llamamos *un hombre* viril, enérgico, forzudo, á quien se respeta por sus puños. Tiene la hermosa fealdad de la fuerza. Sin embargo, su paso es un tanto lánguido; rodéale ese nimbo de tristeza y debilidad y cansancio que envuelve á los trabajadores cuando bajan de la cumbre de la juventud por la rápida cuesta de la vejez.

No ofrece Zola el aspecto juvenil que yo me imaginaba. Ha enflaquecido, ha perdido su rotundidad de jefe de escuela.— Tiene aspecto enfermizo. En *L'Œuvre*, Zola se fotografía en el tipo de Vandoz. "Pierre Vandoz—dice—un amigo de la infancia, era un muchacho de veintidos años, muy moreno, de cabeza redonda, de nariz cuadrada y ojos dulces en una máscara enérgica encuadrada en un collar de barba naciente." Esto es exacto en cuanto á la cabeza, la nariz, los ojos y la máscara; pero la barba ya blanquea. Zola tiene cincuenta años. Pero su cara, de expresión ruda, interesa muchísimo, apenas tuerce el labio y dice unas palabras. Entonces, aquellos ojos apagados se animan, la boca se contrae; el labio, fino, blancuzco, sube y baja como si le tiraran de un hilo; arrúgasele la frente, y los lentes de concha, enormes, cabalgan sobre la nariz subiendo y bajando, como jinete en indomable potro. Entonces adquiere una expresión tan clara, tan ingenua, que parecen adivinarse sus pensamientos, y el alma se le trasparenta como trozo de alabastro atravesado por la luz; tórnase su actitud tan hermosa, que no puede menos de hacerle admirable.

Poco después, el comisionista se convierte en prodigioso mago que seduce y cautiva.— Contrasta aquel rostro pálido, arrugado, macerado, en el cual sobra piel; de barba canosa y tupida, de pelo lacio y parduzco, como algamasina, que le cuelga sobre las orejas; aquella cara de trabajador cansado, que parece salir del fondo de húmeda mina ó sollado de barco, y aquel hombre sin dientes, con su conversación juvenil, animada, vigorosa, colorista y descriptiva.—

Pues Zola escribe como habla; parece que tiene veinte años.— En vez de severo pontífice que predica desde su sitial diciendo palabras gordas, parece un alumno de Filosofía y letras que habla con sus compañeros en un pasillo de Universidad . . . . Pero lo más extraño de Zola, lo que no se aparta de quien le contempla, es la nariz. La nariz de Zola tiene algo de la nariz aplastada de Miguel Angel: ésta parece nacida para fundirse en bronce: la de Zola tiene una expresión irónica, terrorificable, indefinible en las líneas del arte, pero que interesa, fascina como esas notas inexplicables, esos sonidos vagos, fuera de la músiea, que, sin embargo conmueven y se graban en el corazón toda la vida.

Los demás rasgos de su cara son enérgicos, sin dureza. A veces su rostro se vuelve pálido y se dibuja violáceas ojeras. Todo revela á primera vista un hombre de esfuerzo perseverante, de tenaz voluntad, obstinado y laborioso, mezcla de luchador y operario. Lleva indeleblemente marcada la huella del trabajador.

A una pálida.

(NEVANDO.)

Aquí dentro fuego: ahí fuera nieve....Así eres tú, como dijo aquel poeta que también te quiso:

—Fuego en el corazón, nieve en el rostro....

Fuego como éste, calor de hogar manso, tranquilo, no enervante como el del sol de estío, que ata el ingenio, y pára la fantasía y entraba al par los movimientos del cuerpo y del pensamiento; fuego tranquilo del que no hay que temer que suba á incendio, fuego alimentado de excelsas materias, de troncos generosos que un día tuvieron flores y cuando ya no las tienen, privados de alegrarnos con ellas los ojos, se dan en pasto á la llama para volver á ser útiles y prestarnos abrigo y consuelo....

Tal hubiera sido tu amor, estoy seguro. Primero flores, luego luz y calor.

Si la vieras esta noche, qué bonita, tú, á quien tanto gusta la nieve!

Si pudiera yo verla contigo, yo á quien tanto gustas tú!

Ha caído de repente y dura un momento.

No es la nieve frecuente encanto de estos climas, como en el mundo sois raras las muchachas comotú.

Aparece siempre á nuestros ojos como espectáculo nunca visto y con la intensidad y la fuerza de un pensamiento nuevo.

Así, á través de uno y otro año, de uno y otro dolor verdadero y de una y otra ficticia ventura, viene, blanca como la nieve, tu memoria á llenar de poético y triste encanto el pensamiento. Baja sobre él, mansamente, como bajan sobre el agostado jardín esos copos y le van formando esta blanca vestidura que, con ser tan fría, parece que ha de abrigarle y protegerle.

Como es tan raro que nieve, hasta la luna está esquiva de quien apenas conservábamos memoria, se ha dignado salir á verla.

Yo la he saludado con la misma alegría que á tí cuando pasado un luto apareces en una fiesta, y pensando en tí, me he puesto á contemplar el maravilloso espectáculo de sus reflejos sobre la nieve.

¡Qué luz tan meláncolica, tan hermosa! ¡Qué musa!

La nieve, que es triste, parece sonreír ante las caricias del astro, como se sonríe tu rostro pálido al sentir, sobre sí, la luz de unos ojos.

Si pudieras verlo, tú á quien tanto gusta la nieve.

Durará un momento, pero la impresión de esta blancura, de esta delicada belleza de la nieve, vivirá aún largo rato en mis ojos, como en mi memoria la de tu hermosura, con que me alumbró entre las tinieblas y oscuridades de la vida.

A mi me gusta la nieve porque te gusta á tí, y á tí te gusta porque es blanca.

Y repara que quizá no he dicho una simpleza. Blancos son tus pensamientos, y tus sueños, y tu alma, y tu rostro, y blanco tiene que ser todo lo que te guste, y por ser blanco es porque tiene que gustarte, porque lo blanco es la pureza, lo inmaculado, lo no vulgar, y tú no puedes encontrar bello nada que no sea así.

En el jardín del mundo, del que sois vosotras las flores—y nosotros pudiéramos ser los árboles, quien el fuerte roble, quien el laurel glorioso, quien ¡ay! el ciprés tristísimo, las hay de todos colores y aspectos. Prefiere uno los claveles porque son alegres; otro los encuentra vulgares y elige la rosa de té, por lo triste, por lo aristocrática; hay quien escoge los pensamientos, por lo que significan, y no se paga de exteriores encantos....

Pues bien, en ese jardín tú eres la rosa blanca, la que todos admiran aunque sin atreverse á aspirar á ella, la que no se discute, la que no admite comparaciones ni rivalidades.

El blanco es la suma de todos los colores, de todas las bellezas de la vista, por lo tanto.

La pureza, que es el blanco entre los matices del espíritu es la suma de todas las virtudes, de todos los afectos tiernos y generosos.....

Vista á través de tu alma la vida y la naturaleza humana se transfiguran y embellecen; bajo ella ocultan sus esperanzas la una, su flaqueza y miseria la otra. En lo cual eres todavía igual que la nieve, que cubre con una inmaculada alfombra el lodo y el sucio aspecto de la calle ó el camino.

Celestemente hermoso sois tú y la nieve!

Parecen estos copos, pétalos de rosas blancas que alguien se entretiene en deshojar desde arriba....

Diríase que ibas tú á pasar por debajo.

Y eso parece tu rostro: no blanco, sino nevado. Pálido, no por falta de color, sino por sobra de blancura.....

Hermosas sois tú y la nieve.

¿Por qué va á tí mi pensamiento siempre que veo nevar? También es blanco el sol y no se te parece, sinembargo.

¿Será que son tristes la nieve y tu recuerdo?

Ello es que de tal modo os asocio yo en mi mente, que no parece sino que eres tú la que nievas....

M. Menéndez y Pelayo.

NOTAS.

TEMBLAD!!!

Cuentan que un rey tirano y corrompido,
cerca del mar, con su conciencia á sólas,
sobre la playa se quedó dormido.
Y cuentan que aquel mar lanzó un rugido
y sepultó al infame entre sus olas....

Hoy, bien hacéis, oh déspotas del mundo,
en vivir con los ojos siempre abiertos;
porque el pueblo es un mar, y un mar profundo,
que piensa! que castiga! y que iracundo
os puede sepultar!.... ¡Estad despiertos!!!

PENSAMIENTOS

El amor aviva el entendimiento á las mujeres, y se lo quita á los hombres.

La mujer ama á veces con el entendimiento: el hombre, cuando ama, es solo con el corazón.

*

Nunca en un corazón pequeño podrá caber un amor grande; así como una alma baja nunca es capaz de un sentimiento excelso.

*

La mujer ama ó aborrece: el hombre admira ó desprecia.

*

La saciedad mata los amores, y el olvido los entierra.

HOMBRES CÉLEBRES.—*Le Figaro*, con el ingenio que lo distingue, ha publicado los hàbitos de trabajo de algunos escritores franceses, unos ya muertos y otros que aun viven.

Condensamos esa publicación, que es muy curiosa, reuniendo los nombres más conocidos de nuestro público, que conviene discurra sobre las especiales costumbres de trabajo de los escritores á que se refieren.

Renan.—Escribe en Rosmapamón y corrige en París: su letra es gruesa y segura; gusta mucho de corregir muchas veces las pruebas, y todavía se recuerda en la "Revue des deux Mondes" un artículo suyo que corrigió la friolera de diez y siete veces.

Le ocurre guardar las *capillas* (Páginas ya ajustadas) un año, lo menos, sobre su mesa.

Dumas (hijo)—Se levanta muy temprano y se pone á trabajar en seguida.

Escribe en papel comercial azul: su letra es delgada y larga, y tacha mucho antes de dar con la frase precisa.

No puede escribir en París y lo hace en su casa de Marly.

Coppée.—Su letra es muy clara, gruesa, y con lo que suele llamarse *ringorrangos.*

Como todos los poetas, trabaja mucho andando. Desde hace algún tiempo, sólo escribe en verano y en el campo. Antes solía vérsele por los *boulevares*, lápiz y papel en mano tomando notas.

Sardou.—El autor de *Thermidor* recibe á sus amigos por la mañana, almuerza á las once y es invisible de una á seis.

Su letra es microscópica y nerviosa: tacha mucho.

Trabaja en el campo, porque dice de París, que es un *derrochador de tiempo*,

Zolá.—El pontífice del naturalismo, pasea de nueve de la mañana á una de la tarde y luego trabaja. Su letra es gruesa y clara: no escribe sin antes cubrirse las rodillas con una manta.

Le gusta rodearse de aparato. Escribe sobre una mesa anchísima, sentado en una butaca de alto respaldo, siempre usa un tintero en forma de león.

Daudet.—Trabaja todo el día para no pensar en una grave enfermedad que le agobia. Mesa muy alta, y sobre ella un pupitre al que casi llega sentado con la barbilla. Letra fina y muchos tachones.

Declama sus obras dramáticas á solas ó ante su secretario, antes de dictarlas ó escribirlas.

Cuando se pone á trabajar, viste cazadora de *peluche* negro.

Bourguet.—Desde hace mucho tiempo, no escribe en París. Se traslada á Italia para trabajar.

En estos momentos termina en Roma su libro "Cosmopolis." Tiene letra infernal, escribe despacio y trabaja casi siempre de noche y hasta altas horas de la madrugada.

No usa traje especial para escribir.

Guy de Maupasant.—Contra lo que se cree, no escribe á bordo de su *yate* sino en tierra.

A bordo, solo piensa sus novelas, y este es el secreto de sus largos viajes por mar.

Escribe muy de prisa en cuartillas de tamaño ordinario y con letra muy clara.

Cuando está en París, suele trabajar desde la mañana hasta las dos, vestido con cazadora gris.

Rochefort.—Comienza á escribir sus artículos, hallándose correctamente vestido: al llegar á la segunda línea, se saca la levita: á la décima, el chaleco: á la trigésima, se sube las mangas de la camisa y se quita el cuello postizo: y á la quincuagésima, se desabotona enteramente.

Es de creer que si el artículo tuviera siquiera tres columnas, al llegar á la última, Rochefort se quedaría en el traje de Adán. Usa papel y plumas especiales.

Que me vendiste se cuenta;
Y añaden, para tu daño,
Que te dieron por mi venta
Monedas de desengaño.... — CAMPOAMOR.

—NUEVA PLANTA MEDICINAL. —Según el *Médical Era*, se ha descubierto en el Estado de Luisiana una planta cuyas virtudes anestésicas son idénticas á las de la cocaina. Dicha planta, que crece espontáneamente en el Estado mencionado, es un árbol hasta de 40 piés de altura; sus hojas se parecen á las de acacia y su corteza no es áspera ni dura. Su fruto es parecido al del algarrobo, aunque la vaina es algo mas aplastada, la que contiene semillas de un jugo viscoso. Por la descripción que se hace de este árbol, hemos creído que sea el mismo que en loa valles orientales de Bolivia se llama "Tara," cuyo fruto en forma de vaina aplastada y ligeramente encorvada, contiene semillas de jugo viscoso que cuando se mascan se pone insensible la boca y la lengua. No recordamos si el fruto, las hojas ó corteza se emplean para ennegrecer la tinta. Los niños amasan las semillas y hacen pelotas, pues mientras se secan tienen tanta elasticidad y rebote como las pelotas de goma elástica. De todos modos, la descripción del árbol que en el Estado de Luisiana se llama "Tear blanket" conviene en todo, casi hasta en el primer nombre, con la "Tara" boliviana.

Este nuevo anestésico fué descubierto casualmente por un veterinario, Mr. Goodman, durante el viaje por dicho Estado, habiéndole salido á uno de sus caballos un tumor y no teniendo á mano ningún remedio conocido, recogió al pié del árbol citado unas hojas con las que hizo una cataplasma que la aplicó en el tumor del animal, y poco después sacó el abceso con su cuchilla. Como dicho animal no dio la menor muestra de sentir dolor alguno, sospechó Mr. Goodman que esas hojas podían contener propiedade semejantes á las de la cocaina, y en esta virtud las aplicó en otra ocasión con idénticos resultados de completa sensibilidad local. Este hecho llegó á noticia del doctor Leward, de New Jersey, quien se procuró las hojas de dicho árbol, y aplicadas varias veces á operaciones quirúrgicas, dieron los mismos resultados de completa insensibilidad, cuya propiedad cree que se debe á que la planta contiene un alcaloide como la coca.

MISCELÁNEA.

La nueva Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña" ha quedado constituída del modo siguiente:

Presidente, D. Abraham Chavarría;
1er. Vocal, „ Francisco Martínez Suárez;
2º „ „ Rafael E. Chaves;
Tesorero „ Adrián García;
Fiscal „ Víctor M. Jerez;
1er. Srio. „ Juan Gomar;
2º „ „ Doroteo Fonseca.

"**La Juventud Salvadoreña**" engalana hoy sus columnas con la publicación del hermoso poema denominado "LOLA," escrito por la reconocida poetisa guatemalteca doña Vicenta Laparra de la Cerda, y "dedicado á las bellas centro-americanas."

Recomendamos mucho su lectura y felicitamos por esta nueva obra á tan laboriosa como inspirada autora.

"**La Palmera.**"—Tal es el nombre de la nueva publicación científico-literaria que se edita en la culta ciudad de Sonsonate, redactada por el inteligente escritor Dr. don Alberto Luna y el joven poeta don Carlos A. Imendia.

Saludamos muy cordialmente á tan simpático colega, deseándole una larga y próspera vida.

A nuestros agentes, de dentro y de fuera de la República, suplicámosles se sirvan remitir cuanto antes á la Administración de esta Revista, el producto de las suscriciones que tengan establecidas.

SAN SALVADOR, IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE HIDALGO.